

lántico parece apoyarse en dos firmes puntales. Uno de ellos el primer vuelo transoceánico sin escalas que en 1919 realizaron dos pilotos ingleses –Jack Alcock y Teddy Brown, ambos sobrevivientes de las aventuras vividas durante la Gran Guerra– entre Terranova y la costa irlandesa. Les acompañó en su proeza una enigmática carta escrita por la reportera Emily Ehrlich, que había dirigido a una familia del condado de Cork. Aquel sobre cerrado sólo se abrirá un siglo más tarde, tras haber pasado intacto por las manos de cuatro generaciones de mujeres de la misma familia, para comprobar con infinito asombro y decepción que no guardaba misterio alguno, la carta era una pura trivialidad y como objeto carecía de todo valor. El tramo final de la novela, el Libro Tercero con el título de *El jardín del recuerdo*, donde habla en primera persona Hannah, el último eslabón de la familia que comenzó muchos años atrás, con su bisabuela Lily Dugan, una muchacha que trabajó de criada en mansiones burguesas de Irlanda, emigró a Estados Unidos, al norte de Misuri, se casó allí con un tipo que extraía hielo para almacenarlo y fundó el clan familiar. Esa parte conclusiva, en la que Hannah ya anciana vive su dramática soledad en la vieja casona de la isla, acosada por los bancos, el recuerdo de Thomas, el hijo de 19 años asesinado, y el posterior abandono del marido granjero, ese segmento cargado de nostalgia e intensidad es en mi opinión el más convincente de la obra.

Una obra en la que McCann mezcla habilidosamente ficción y personajes reales, como el capítulo dedicado al senador norteamericano George Mitchell que en 1998, en una atmósfera de violencia extrema, dirigió las negociaciones de paz entre Irlanda y Belfast, lo que permite a McCann referirse al conflicto político-religioso que ha marcado con sangre la modernidad de la tierra irlandesa. O volviendo más atrás, al periodo 1845-1846, dedica otra sección al paso por Irlanda de Douglass, el singular líder de color que difundía el mensaje de la integración racial cuando él mismo era aún un esclavo no liberto. Ahí está, me digo, Irlanda con su puritanismo moral, su pobreza, sus expatriados y sus furias ruinosas. La historia es netamente irlandesa. Sólo echo de menos que McCann no tenga la vena satírica de mi admirado Flann O'Brien, en la línea de Laurence Sterne. Pero sigue siendo, aunque sin pizca de cinismo, una muy digna novela irlandesa escrita en Nueva York por un autoexiliado. Me pregunto cómo sonaría en gaélico, la primera lengua de la vieja patria, sobre todo la voz con acento existencialista de Hannah narrando lo que ha sido la vida de sus ancestros a lo largo de un siglo que en ella se vuelve silencio. Amargura. |

Marta Sanz
No tan incendiario

PERIFÉRICA
190 PÁGINAS
14,75 EUROS

La lección de anatomía

ANAGRAMA
368 PÁGINAS
19,90 EUROS



Marta Sanz

XAVIER CERVERA

Narrativa / Ensayo Marta Sanz es una autora en auge. Publica un librito de combate al tiempo que Anagrama recupera su novela más autobiográfica

A favor de la impertinencia

SÓNIA HERNÁNDEZ

En *Desnudo*, la última parte de la novela recuperada *La lección de anatomía*, Marta Sanz (Madrid, 1967) asegura que exige a su pareja que haga de la relación “una profesión y un acto de fe”. Y el sentimental no es el único ámbito de su vida en el que parece exigir tanto. En toda la novela, detalla cuánto ha tenido que esforzarse para aprender de las habilidades narrativas de su madre, para hacerse con el reconocimiento de sus profesoras, para superar la lenta adolescencia, para plagar de matriculas de honor su expediente académico y para entrar en el mundo laboral con licenciatura en Filología, máster, posgrado y doctorado. Si algo queda claro al lector es que no ha sido un trayecto fácil por motivos muy diversos, y que, después de tantos esfuerzos, la protagonista reclama la justa recompensa que la sociedad, el mundo, la humanidad, no siempre parecen dispuestos a ofrecer.

En las exigencias de Marta Sanz, como ella misma reconoce, hay mucho de soberbia, de impertinencia y de predisposición a disparar primero. Gracias a esto, ha conseguido situarse en una posición de referencia de la literatura española del momento, o, en palabras

de Rafael Chirbes en el prólogo de esta nueva edición del libro: “en el escalón superior de la literatura española”. Con la novela anterior a esta recuperación, *Daniela Astor y la caja negra*, la autora apareció en casi todas las listas de final de año que destacaban los mejores libros del 2013. En aquella original interpretación de la Transición Española, vivida por una niña que sueña con ser una estrella del Destape, había mucho de la protagonista

Su impertinencia y su soberbia alcanzan el objetivo de agitar la reflexión sobre la cultura y la literatura

de *La lección de anatomía*, porque la autobiografía es una parte importante en el conjunto de una obra con una clara vocación de descripción crítica o denuncia de todo lo que no funciona en la sociedad.

Entre todas sus exigencias, Marta Sanz también reclama lectores y escritores comprometidos. Quiere escribir textos que duelan. Así lo expone en el ensayo *No tan incendiario*, una soflama, según sus propias palabras, donde fija su concep-

ción de la literatura, la cultura y la figura del intelectual. Denuncia la cultura como simple objeto de consumo y la estructura económica y social –la capitalista– que la fomenta para construir una masa acrítica. Más allá de una literatura comprometida, reclama una literatura ideológica, una poesía que hable de los precios de las cosas, y una subversión de los géneros para que incomoden y agiten a los presuntos consumidores culturales, porque “necesitamos escritores impertinentes e intrépidos”. Paradójicamente no es en sus novelas donde más aplica estos imperativos –de hecho, una de las ventajas de *La lección de anatomía* con respecto al ensayo *No tan incendiario* es la flexibilidad con la que se reconocen las propias contradicciones–, sino que es en la poesía donde parece encontrar un campo de maniobra más amplio y más libre para sus actividades subversivas o de(s)generadas. La subversión de los géneros o la presencia de la ideología (en su caso, rotundamente e inequívocamente de izquierdas) han de estar al servicio de una literatura que explique cosas. Así, en el ensayo fija los nombres que claramente conformarían el catálogo de la corriente a la que quiere adscribirse: Isaac Rosa, Elvira Navarro, Belén Gopegui o José Ovejero. Igualmente clara es su repulsa de la que ella considera “endoliteratura”, la que habla más de la propia literatura (aunque sus obras están repletas de referencias literarias y culturales) que de los problemas que suceden en la sociedad.

Es cierto que leer a Marta Sanz puede llegar a incomodar y hasta doler, pero su impertinencia y su soberbia alcanzan el objetivo de agitar la reflexión sobre la cultura y la literatura de hoy día, y sus novelas siempre enriquecen. |